á la humanidad en este gran desastre de la raza latina? No me atrevo á decirlo todavía; pero, en todo caso, ó mucho me engaño ó nos aproximamos á una hora terrible, cuya marcha en el cuadrante de los siglos sólo á Dios pertenece hacerla avanzar ó retroceder.

Octubre 25 de 1868.

G. HUGELMANN.

INTRODUCCION

Si algún día la casa de Austria ó la augusta Emperatriz Carlota pueden ocuparse en rendir á la memoria del Emperador Maximiliano los homenajes que merece, creemos que les será indispensable recoger el informe de los generales (1) y las actas de los consejos

(1) Habiendo rehusado el cónsul de Austria en la Habana y el ministro de esa potencia en los Estados-Unidos, al comandante Rodríguez [a], poseedor de esos documentos, los medios necesario para ir á Europa, con el objeto de poner á disposición de la familia del Emperador Maximiliano esos preciosos manuscritos, el señor Rodríguez tuvo que demorarse en Cuba, adonde murió el 16 de Diciembre de 1867.

Sería deplorable que á esos documentos cupiere la misma suerte que la de los archivos secretos de que se dió

(a) Patricio Rodríguez, ayudante de entera confianza de Arellano. Días antes de que partiera éste á Veracruz, en camino para Europa, Rodríguez le precedió, llevándose consigo el equipaje y un legajo de papeles importantes acerca del Imperio.

Arellano vió morir de fiebre amarilla en la Habana á Rodríguez.

Este Rodríguez, con el comandante Pioquinto Claveria, adiestrados por Arellano, como se ha leido, desempeñaron buen papel en la comedia del pronunciamiento de la Ciudadela, en pro de la República, cuando el gobierno de Miramón, y la cual comedia produjo veinte mil pesos á Arellano.—(*Nota de A. P.*)

de guerra, sobre los cuales está basada la acusación terrible y fundada que dirijimos hoy contra el hombre que tuvo la triste satisfacción de consumar la ruina de su patria, y de entregar un Soberano á la venganza de sus enemigos.

Esos documentos justificativos, que son al

---

cuenta en la *Opinión Nacional* del 28 de Febrero de 1868, en estos términos: "El padre Fischer, amigo y confesor de "Maximiliano, ha salido de México. Un diario americano "asegura que, pocos días antes de su salida, vendió por "tres mil pesos, al gobierno del presidente Juárez, varios "papeles secretos que le había confiado Maximiliano."

Casi al mismo tiempo que los diarios de los Estados Unidos daban esta noticia, *El Siglo XIX* de México públicaba unos apuntes ó notas biográficas sobre un gran número de mexicanos, notas calumniosas que suponía haber sido encontradas en la secretaría del Emperador. Es muy extraño que los republicanos no hubiesen dado con ese libro, sino ocho meses después de su entrada en Palacio, y que no tuviesen antes noticias de su existencia (b).

---

[b] Lo que el autor llama notas calumniosas es el libro titulado *Los traidores pintados por sí mismos*, cuya autenticidad está comprobada por el documento siguiente:

"Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores.—El infrascrito, Oficial Mayor de los Ministerios de Relaciones Exteriores y Gobernación, certifica que lo que sigue está tomado de un libro que dejó D. Fernando Maximiliano de Hapsburgo, en las piezas del Palacio Nacional en que estaba su Secretaría particular: que la parte en español de dicho libro está fielmente copiada y la parte en francés correctamente traducida.

"México, Diciembre 24 de 1867.—Manuel Azpiroz."

Este documento oficial precede al texto del libro, en que se juzga dura, pero imparcialmente, al general Miguel Miramón, amigo íntimo de Arellano, y á éste: por lo cual le llama notas calumniosas. [*Nota de A. P.*]

mismo tiempo un testimonio de la conducta heroica de Maximiliano y un nuevo título de gloria para su casa, fueron perdidos por el Emperador la noche misma de la traición, que le hizo caer en manos de los soldados de Juárez. Por fortuna, el comandante Rodríguez, que los había escrito con su propia mano, logró salvar un ejemplar de cada documento. La familia imperial de Austria les tendría ya, si la muerte no hubiera sorprendido en su camino á ese valiente oficial.

Para que la opinión pública dé á nuestra narración su valor positivo, debemos declarar que hemos sido amigos del general Márquez hasta el día en que ya no nos fué posible dudar de su traición; que nos ha prodigado, que nos prodiga aún elogios no merecidos, por los cuales le estábamos antes profundamente reconocidos. Hemos sentido el mayor dolor, cuando sus actos nos redujeron á la dura extremidad de rasgar el velo con que creía poderla cubrir; pero era preciso hacer conocer toda la verdad.

Envueltos por casualidad en su venganza, víctimas del ostracismo, sufrimos hoy, en país extranjero, las funestas consecuencias de su triunfo. Sin embargo, al escribir este libro, hemos apartado lejos de nosotros toda pasión y todo odio. Teniendo que dar cuenta con colores débiles, de hechos infames y senti-

mientos bastardos, nuestro estilo ha tenido que revestirse de los reflejos pálidos y tristes de los acontecimientos. El lector tendrá que deplorar con nosotros la profunda verdad que encierran estas páginas dolorosas y que reconocer la traición de nuestro antiguo compañero de armas, que quedará demasiado clara y manifiesta.

Como mexicanos, no tenemos vergüenza, porque nuestra hermosa patria ofrezca al mundo, en una época tan solemne para su historia, los nombres de Márquez y de López. La traición es cosmopolita. No pertenece á tal ó á cual pueblo. Es de todos los países; ha manchado los anales de todas las naciones.

Por dos seres viles, condenados al remordimiento, ¡cuántos hombres leales, fieles á su Soberano en las angustias del infortunio, supieron olvidar el desprecio y las humillaciones con que se les había hecho sufrir cuando estaba en medio de la prosperidad! Por causa de dos pícaros, el mundo admira á un ejército, perseguido, destruido y que, sin embargo, ha combatido heroicamente para salvar al Emperador. Desgraciado hasta el heroismo, no por eso dejaba de prodigar su sangre, su valor y su inteligencia. En fin, como contraste á la perversidad de dos monstruos de ingratitud, ¿no se vieron generales

llenos de corazón, sumidos en el destierro por el rencor de los hombres ó de los partidos, correr á la hora suprema para poner al servicio del augusto Maximiliano sus espadas, sus brazos y sus cabezas? El país, que produce hombres tan generosos, debe colocarse alto en la estimación del mundo, aunque esté devorado por la anarquía. Por eso tenemos como una dicha haber visto la primera luz sobre su suelo privilegiado, y con gusto consagramos hoy un pensamiento de amor á esa patria infortunada, haciendo votos ardientes por su felicidad futura.

París, á 22 de Marzo de 1868.

El general M. R. de Arellano.